

## Algunos rasgos esenciales de la antropología personalista

Juan Manuel Burgos Velasco. Asociación Española de Personalismo

Cualquier intento de definir con profundidad las características de una filosofía requiere, evidentemente, un amplio espacio, de tiempo y de páginas, y los estrechísimos márgenes que impone una comunicación no reúnen, desde luego, esas condiciones. He pensado, sin embargo, que en el marco de este Congreso sobre las antropologías, no podía, no debía faltar, una mención al personalismo. La presente comunicación tiene, por tanto, en primera aproximación, un contenido básicamente testimonial. Hoy en día, existen muchas antropologías, más o menos vigentes, más o menos poderosas, más o menos brillantes. El personalismo es una de ellas. Qué es lo que debemos entender por personalismo es el segundo aspecto de la cuestión y, en estas pocas páginas, me voy a limitar simplemente a delinear mi concepto de filosofía personalista remitiendo a otras obras en las que he desarrollado esta idea para quien desee profundizar en ellas<sup>1</sup>.

### 1. No sólo Mounier

Es sabido que Mounier es el fundador del personalismo, pero la primera idea que me gustaría precisar es que Mounier y personalismo no se identifican. Ciertamente, Mounier creó la corriente filosófica personalista y la hizo visible social y culturalmente. Pero, insisto, el personalismo no se identifica con Mounier. Hay un grupo muy importante de antropólogos del siglo XX que confluyen en la matriz personalista por caminos, o totalmente independientes, o influidos por Mounier sólo de manera secundaria.

Italia es un claro ejemplo. En un magma cultural parcialmente proclive a la filosofía personalista, se pueden encontrar un buen número de filósofos que, si bien coinciden en sus líneas básicas con Mounier, su estilo, su talante y su perspectiva intelectual es muy diferente. Armando Carlini, Luigi Stefanini, Luigi Pareyson, Rocco Buttiglione son sólo algunos ejemplos. También está el grupo polaco que, en su momento, fue liderado por Wojtyła. El fundador de la escuela ética de Lublin, en efecto, nos ofrece un personalismo de raíces fenomenológicas y tomistas sistematizado en su gran obra *Persona y acto*.

La línea personalista dialógica, estrechamente ligada al judaísmo, y que cuenta con representantes tan brillantes como Buber, Ebner, Roszenweig o Lévinas constituye otra poderosa e importante rama personalista cuyo marco intelectual y hermenéutico transcurre por un camino propio. Por lo que respecta a España no encontramos propiamente una escuela definida, pero sí autores —bastante o totalmente independientes de Mounier— que se pueden asociar —en mayor o menor grado— a esta filosofía sin falsear ni deformar su pensamiento por un afán de llenar las arcas personalistas. Zubiri y Marías son los dos más grandes, pero también están Laín Entralgo, López Quintás, Polo y muchos otros, entre los que destaca Carlos Díaz, él sí, fiel seguidor de Mounier.

---

<sup>1</sup> Cfr. J. M. Burgos. *El personalismo. Temas y autores de una filosofía nueva* (2ª ed.). Madrid: Palabra, 2004 y *Antropología: una guía para la existencia*. Madrid: Palabra, 2003.

Todavía se puede añadir un largo elenco de nombres de temple diverso pero de raíz común: Guardini, Edith Stein, Dietrich von Hildebrand, Gabriel Marcel, Maritain, Maurice Nédoncelle, etc. Todos ellos —y muchos otros que deberían añadirse— constituyen la trama intelectual del personalismo. Una trama, por tanto, densa y hasta espectacular que, si bien tiene a Mounier como estrella principal en cuanto primer eslabón de la cadena, no se identifica con él. Es mucho más amplia<sup>2</sup>.

## 2. ¿Es el personalismo una filosofía?

Los primeros vagidos del personalismo surgieron como una reacción, como un rechazo a las ideologías individualistas y colectivistas imperantes, lo que hizo que algunos pensadores —incluso estrictamente personalistas— dudaran de su valor *filosófico*. Jean Lacroix lo dejó claro incluso en el título de una de sus obras *El personalismo como anti-ideología*<sup>3</sup> y también lo afirmó con nitidez: “El personalismo es más un espíritu capaz de encarnarse en posiciones distintas, como el idealismo de un Lachièze-Rey o el existencialismo de un Gabriel Marcel, que en una filosofía técnica. (...) En realidad no se puede colocar en el mismo plano que el marxismo, el existencialismo o cualquier otra filosofía; inspirador de sistemas, no puede tener, en cada caso, más valor que el del sistema que ha inspirado”<sup>4</sup>. Tampoco Maritain tenía muy claro qué era el personalismo. “No habría nada más falso, afirma, que hablar del ‘personalismo’ como de una escuela o de una doctrina. Es un fenómeno de reacción contra dos errores opuestos y es inevitablemente un fenómeno complejo. No hay una doctrina personalista, sino aspiraciones personalistas y una buena docena de doctrinas personalistas que tal vez no tienen en común más que el nombre de persona”<sup>5</sup>.

Ahora bien, ¿es esto cierto? Mi opinión personal es que no. Maritain y Lacroix no tenían razón. Y tampoco Ricoeur cuando anunció con solemnidad la muerte del personalismo. Se puede ofrecer, en primer lugar, una réplica de tipo histórico: el personalismo sigue vivo. Es más, en estos momentos, y en concreto en España, parece encontrarse en un periodo de florecimiento que se refleja, entre otros aspectos, en el enorme número de publicaciones que se están realizando de estos autores. Guardini, Maritain, Marcel, Stein, von Hildebrand, Wójtyła están siendo editados o reeditados en un buen conjunto de editoriales: Encuentro, Palabra, Sígueme, Mounier, Caparrós, BAC, etc. ¿Es posible tanta vigencia en una mera antiideología, en una reflexión que se supone nacida únicamente para salir rápidamente al paso de los específicos problemas de la Francia de entreguerras?

Pero la respuesta histórica, evidentemente, no resulta suficiente. Es necesaria una respuesta basada en contenidos, una descripción filosófica. La empresa, ciertamente, no es fácil, pero quizá tampoco excesivamente difícil. Pienso que resulta complejo delimitar de una manera muy técnica sus contenidos específicos. Pero quizá este problema no es exclusivo del personalismo. Pensemos, por ejemplo, en la corriente política comunitarista. Hoy es comúnmente aceptada su existencia, pero ¿sería factible definir con gran precisión sus contenidos? Pensemos también en el existencialismo o el estructuralismo. ¿Hasta qué punto se pueden definir sus márgenes de modo unívoco? Lo mismo, o parecido, ocurre,

<sup>2</sup> Quien sí se identifica básicamente con Mounier es una rama específica del personalismo: el personalismo comunitario. Cfr. C. Díaz. *¿Qué es el personalismo comunitario?*. Salamanca: Mounier, 2002.

<sup>3</sup> J. Lacroix. *Le personalisme comme anti-idéologie*, 1972.

<sup>4</sup> J. Lacroix. *Marxismo, existencialismo, personalismo*. Barcelona: Fontanella, 1965. p. 119.

<sup>5</sup> J. Maritain. *La personne et le bien común*. Obras completas, vol. IX. p. 170.

creo, en el personalismo, aunque quizá con un factor añadido. En el personalismo ha habido poco esfuerzo de autorreflexión; se ha ido hacia los contenidos, hacia los temas pero el foco filosófico no ha vuelto sobre sí mismo. Es una tarea pendiente que, probablemente, ha contribuido justificadamente a una cierta aura de falta de definición.

La tarea de envergadura técnica, evidentemente, no puede ser abordada en esta sede, pero sí es posible apuntar algunos trazos esenciales. Obtendremos entonces –conviene advertirlo– solamente un esbozo, un estudio preliminar del dibujo definitivo, pero esperamos que sea suficiente para atisbar los límites del territorio personalista, para identificar los conceptos esenciales y para saber qué filósofos pueden incluirse dentro de ese territorio y cuáles pueden y deben quedarse ciertamente fuera.

### 3. *Algunos rasgos esenciales del personalismo*

#### a. Encuadramiento básico en un marco ontológico-realista

La mayor parte de los filósofos personalistas, exceptuando quizá los que caracterizan la filosofía del diálogo, proceden de una matriz fenomenológica (primer Husserl), aristotélico-tomista o existencialista. Y, aunque posteriormente, en su etapa madura, puedan haber abandonado esa matriz o seguirla sólo de manera débil, configura sin lugar a dudas un fondo común bastante preciso sobre el que se construye el personalismo, un fondo que podríamos denominar *ontológico-realista*. El personalismo no soporta ni el idealismo ni la deconstrucción del hombre: el mundo es real, el hombre es real, y no sólo real, sino denso, profundo y estable. ¿Qué implica esa densidad? Implica, entre otras cosas, capacidad cognoscitiva; libertad; subsistencia pero no opaca sustancialidad hostil a la subjetividad<sup>6</sup>; la convicción de la existencia de un núcleo permanente, inalterable y común a todos los hombres, se llame estructura de la personalidad (Stein) o, más clásicamente, naturaleza humana; la radicación del hombre en una estructura ética que conforma su mundo interior y, finalmente, la profunda convicción de que la persona posee una dimensión religiosa y trascendente, convicción que queda reflejada en que todos los personalistas son creyentes: cristianos, la mayor parte, y también judíos.

Este es, descrito un poco a trompicones, el marco general, pero, dentro de este marco, el personalismo se destaca como una filosofía original que insiste en algunos rasgos antropológicos característicos y lo hace de una manera específica y peculiar. A continuación vamos a describir, sin afán de exhaustividad, algunos de esos rasgos que nos parecen especialmente importantes.

---

<sup>6</sup> “Si no hubiera en la sustancia aristotélica nada más que independencia en el ser entonces habría poca controversia sobre la substancialidad de las personas; prácticamente todo el mundo afirmaría que las personas son substancias. La controversia surge porque la sustancia aristotélica da la impresión de ser incurablemente ‘cosmológica’, hostil a la subjetividad personal” (J. F. Crosby. *The Selfhood of the Human Person*. Washington: The Catholic University of America Press, 1996). Vid. en un sentido similar L. Stefanini. *Personalismo sociale* (2ª ed.). Roma: Studium, 1979. p. 46.

b. Insalvable distinción entre cosas y personas y necesidad de tratar a éstas últimas con categorías filosóficas propias

Por el peso de la tradición griega, la filosofía occidental, y en particular la escolástica, ha tendido a elaborar conceptos antropológicos pensando principalmente en objetos o animales para después aplicarlos al hombre<sup>7</sup>. El resultado es que lo específico humano ha quedado como oscurecido y encorsetado porque se ha tematizado intelectualmente al hombre como una cosa o un animal sólo que con unas características especiales. Pero la realidad es que la persona es *esencialmente* distinta de los animales y de las cosas y que, incluso en aquellas dimensiones en las que pueden parecer más similares, como las físicas o sensibles, difieren profundamente. Por eso, necesita unas categorías filosóficas absolutamente propias y exclusivas que se deben forjar a partir de un análisis filosófico-experimental de corte fenomenológico.

c. Carácter autónomo, originario y estructural de la afectividad

Siguiendo, básicamente, las propuestas de Scheler y von Hildebrand, el personalismo estima que la afectividad es una estructura esencial, originaria y autónoma de las personas y que, al menos en algunos aspectos, posee una dimensión espiritual. Un hombre sin sentimientos, sin afectividad, sin corazón, no es un hombre real. En ese sentido, afirma Seifert, “el verdadero personalismo se caracteriza por la observación de que, si bien la vida consciente y racional de la persona en el conocimiento y los actos libres es de una importancia crucial, también la vida espiritual afectiva es una parte central e irrenunciable del ser racional de la persona”. Y añade: “La vida afectiva y emocional debe también ser librada de la sospecha de que es en su totalidad común a los animales y los hombres, y de que no se encuentra nada que trascienda a las personas humanas. No: además de los instintos y las pasiones y afectos irracionales, que quedan claramente fuera de la vida racional humana, además de los sentimientos relativos al cuerpo que son exclusivos del hombre, encontramos también en la persona humana experiencias y respuestas afectivas que están intencional y adecuadamente relacionadas con sus objetos y con otras personas, incluyendo a Dios. Así, poseen la total dignidad de la racionalidad de la persona humana y pueden existir igualmente en formas superiores de seres personales”<sup>8</sup>.

d. Las relaciones interpersonales: dialogicidad del mundo

<sup>7</sup> “Cuando, ya en la escolástica, se ha intentado pensar filosóficamente la persona, las nociones que han sido decisivas no son las procedentes de estos contextos, sino las de ‘propiedad’ o ‘subsistencia’ (*hypóstasis*). La famosa definición de Boecio, tan influyente *-persona est rationalis naturae individua substantia-* ha partido de la noción aristotélica de *ousía* o *substantia*, pensada primeramente para las ‘cosas’, explicada siempre con los eternos ejemplos de la estatua y la cama, fundada en el viejo ideal griego de lo ‘independiente’ o suficiente, de lo ‘separable’ (*khoristón*). El que esta sustancia o cosa que llamamos ‘persona’ sea racional, será sin duda importante, pero no lo suficiente para reobrar sobre ese carácter de la *ousía* y modificar su modo de ser, su manera de realidad. La persona es una *hypóstasis* o *suppositum* como los demás, sólo que de naturaleza racional” (J. Marías. *Antropología metafísica*. Madrid: Alianza, 1983. p. 41).

<sup>8</sup> J. Seiffert. *El concepto de persona en la renovación de la Teología Moral. Personalismo y personalismos* en AA.VV. *El primado de la persona en la moral contemporánea*. pp. 42-3.

El personalismo ha asumido plenamente la aportación realizada por la filosofía del diálogo acerca del carácter y de la importancia de las relaciones interpersonales. La relación, último accidente para Aristóteles, resulta así ser esencial en la filosofía y, particularmente, la relación interpersonal: el complejo, profundo y apasionante proceso descrito por Buber que hace interactuar al Yo frente al Tú, o el encuentro descrito por Guardini. De este modo, el personalismo comprende y asume que el hombre se hace hombre sólo frente al hombre, se hace yo-sujeto frente al tú-sujeto, no frente al tú-objeto. Como es sabido, Lévinas ha desarrollado la formulación más radical de esta dialógicidad elaborando una quasi-metafísica dialógica del mundo: el diálogo precede al ser y, por eso, la ética está antes que la metafísica y que la ontología.

#### e. Contra el intelectualismo

Aunque la inteligencia es una realidad fundamental en la vida del hombre, para el personalismo no es —en términos aristotélicos— la potencia fundamental; por encima del conocimiento están los valores morales y religiosos o, si se quiere hablar en términos de potencias, la libertad y el corazón, de quien dependen las decisiones morales y la capacidad de amar. Este planteamiento tiene importantes consecuencias filosóficas comenzando por la revalorización de la acción. Una exaltación exacerbada de la inteligencia conduce a una autoclausura en el estudio de los procesos cognitivos olvidando la teoría de la acción y la praxis humana. La insistencia del personalismo en la relación y en la actividad moral del hombre le orienta, por el contrario, al estudio de las múltiples dimensiones en las que se despliega la actividad humana. Fruto de este planteamiento es el tratamiento de temas como la acción, el amor, el trabajo, la actividad creadora en el ámbito estético (pictórico, poético, etc.)<sup>9</sup>, y el desarrollo de conceptos de filosofía social y, sobre todo, de filosofía política.

#### f. Corporeidad. Sexualidad. El hombre como varón y mujer

Otro aspecto característico del personalismo es la tematización de la corporeidad humana. Su consideración global de la persona y su acercamiento fenomenológico al cuerpo humano le permite descubrir la riqueza de matices y la importancia que tienen todos los aspectos corporales. Mounier ha expresado brillantemente la profunda imbricación de lo corporal y lo espiritual. “No puedo pensar sin ser, ni ser sin mi cuerpo; yo estoy expuesto por él a mí mismo, al mundo, a los otros; por él escapo a la soledad de un pensamiento que no sería más que pensamiento de mi pensamiento. Al impedirme ser totalmente transparente a mí mismo, me arroja sin cesar fuera de mí en la problemática del mundo y las luchas del hombre. Por la sollicitación de los sentidos me lanza al espacio, por su envejecimiento me enseña la duración, por su muerte me enfrenta con la eternidad. Hace sentir el peso de la esclavitud, pero al mismo tiempo está en la raíz de toda conciencia y de toda vida espiritual. Es el mediador omnipresente de la vida del espíritu”<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> En estética son especialmente importantes los trabajos de Maritain y de Pareyson.

<sup>10</sup> E. Mounier. *El personalismo*. Madrid: Acción Cultural Cristiana, 1997, p. 22.

La corporalidad abre el camino hacia el tratamiento de la sexualidad (ver, por ejemplo, los trabajos de Wojtyła<sup>11</sup> y Marías), y esta conduce a su vez a otro gran tema: la dualidad varón-mujer, un hecho completamente obvio, pero del que la filosofía se ha hecho eco sólo muy tardíamente. Todo ello abre un amplio panorama temático característico del personalismo: la reflexión sobre la mujer bien en cuanto persona bien en aspectos determinados: corporalidad, razón, sentimientos<sup>12</sup>; el estudio de las complejas y apasionantes relaciones entre el hombre y la mujer regidas por la ley de la atracción y la complementariedad; el proceso de enamoramiento, la formación del matrimonio y de la familia<sup>13</sup>, etc. Conviene hacer notar, por último, que para el estudio de esta amplia temática, además de los instrumentos técnicos que surgen al reflexionar sobre la corporalidad y la sexualidad, el personalismo cuenta con las herramientas filosóficas elaboradas al estudiar la relación interpersonal en general: la relación yo-tú.

### g. El personalismo comunitario

La afirmación de la centralidad de la persona como *sujeto social* permite al personalismo crear un punto de anclaje y de referencia entre los extremos del individualismo liberal y los colectivismos. Lo radicalmente importante no es ni la sociedad en cuanto tal ni el individuo egoísta, sino la persona en relación con los demás<sup>14</sup>. La sociedad es, fundamentalmente, un entramado de relaciones comerciales, educativas, de bienestar y salud, etc. que debe estar al servicio de las personas concretas, no de anónimas fuerzas colectivas. Pero la persona, por su parte, no debe ser un mero receptor egoísta de los beneficios que le reportan esas relaciones sino que debe poner su esfuerzo al servicio de los demás. Este es el núcleo central sobre el que se funda la doctrina personalista de la relación del hombre con la sociedad. Una doctrina que intenta evitar tanto el riesgo de hacer del individuo un mero apéndice del cuerpo social (colectivismo) como fomentar posturas irresponsables en la que los sujetos esperen pasivamente de la sociedad que les resuelva cómodamente sus dificultades.

El reciente comunitarismo norteamericano en sus diversas variantes (Etzioni, McIntyre, Taylor, Glendon) ha desarrollado una versión moderna de este paradigma pero está todavía pendiente una confrontación temática entre ambas corrientes que establezca las convergencias, divergencias o novedades.

Juan Manuel Burgos Velasco  
Paseo Imperial 85, 1ºA  
28005 Madrid  
jmburgos@edicionespalabra.es

<sup>11</sup> K. Wojtyła. *Amor y responsabilidad*. Barcelona: Plaza y Janés, 1998 es un ejemplo paradigmático de colaboración entre filosofía tomista, personalismo y método fenomenológico aplicado a la difícil cuestión de la sexualidad humana.

<sup>12</sup> Cfr., entre otros muchos que se podrían mencionar, E. Stein. *La mujer* (2ª ed.). Madrid: Palabra, 1999 y G. Paola di Nicola. *Reciprocidad hombre/mujer: igualdad y diferencia*. Madrid: Narcea, 1991.

<sup>13</sup> Cfr., entre otros trabajos, P. Donati y P. di Nicola. *Lineamenti di sociologia della famiglia*. Roma: NIS, 1991; P. Donati y F. Ferrucci. *Verso una nuova cittadinanza della famiglia in Europa*. Milán: Franco Angeli, 1994 y J. M. Burgos. *Diagnóstico sobre la familia*. Madrid: Palabra, 2004.

<sup>14</sup> Son paradigmáticas en este terreno las dos grandes obras políticas de Maritain: *Humanismo integral* (2ª ed.) Madrid: Palabra, 2003 y *El hombre y el Estado*. Madrid: Encuentro, 1983.